

*L'Abattoir* de Esteban  
Echeverría y Soledad  
Bartolomé Mitre. Tradiuts et  
présémés por Paul  
Verdevoye, 1997.

Autor:  
Díaz, Nilda.

Revista  
Filología

1999, N°31 1/2, pp. 213-214



Artículo

L' *Abattoir* de Esteban Echeverría y *Soledad* de Bartolomé Mitre. Traduits et présentés par Paul Verdevoye. Paris, Editions L' Harmattan. 1997.

Esta traducción de *El Matadero* de Esteban Echeverría y *Soledad* de Bartolomé Mitre, editada en Paris, es la obra de un gran argentinista francés, el Profesor Paul Verdevoye.

En el erudito estudio que precede ambas traducciones, el profesor Verdevoye analiza el periodo que va, grosso modo, desde 1830 hasta 1850. Periodo rico como ninguno en aquella Argentina que buscaba no sin dificultad, el camino de la organización nacional y de la formación del estado. Desde ese punto de vista la acción de hombres como Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre, fue fundamental: teorizaron la construcción del estado-nación mientras este tomaba forma gracias a la reflexión de esa brillante generación. Rara vez la teoría y la realización del proyecto habrán seguido caminos tan paralelos y coincidentes en el tiempo.

Recuerda Verdevoye en su prefacio que las opciones ideológicas opusieron a veces a personas de talento. Así, el caso de Pedro de Angelis o del mismo Marcos Sastre. Opusieron pueblos, como el de Buenos Aires y el de Montevideo. Pero también tendieron un puente entre las dos orillas, entre jóvenes argentinos y orientales; es el caso de Andrés Lamas, quien publicó por primera vez en Montevideo, en *El Iniciador*, las *Palabras Simbólicas* de Echeverría.

Paul Verdevoye pone de relieve las fuentes francesas de aquel pensamiento y de aquella práctica literaria. De las dos miradas preconizadas por Echeverría, una clavada en las entrañas del país y otra en lo bueno que podía ofrecernos el extranjero, esta última se dirigió fundamentalmente a Francia. Sin dejar de recordar el interés, a veces por razones exclusivamente económicas, que despertaban en Europa aquellas inmensas llanuras que, a decir de Sarmiento, los ingleses hubiesen querido comprar por un trozo de muselina.

La traducción de *El Matadero* al francés llena un vacío que no podía escapara a la perspicacia del catedrático francés y a su trabajo incesante para poner al alcance de sus compatriotas nuestra literatura. En efecto, la crítica se asombra aún hoy de que ese cuento, quizás lo mejor que escribió Echeverría, haya quedado olvidado entre los papeles de este, hasta que, después de su muerte, la fidelidad de Gutiérrez lo descubrió. La época en que transcurre esa historia, el hombre que la representó, Juan Manuel de Rosas, y sus enemigos, atrajeron la atención de Francia, desde muy temprano. Prueba de ello, los dos bloqueos franceses que atizaron los enfrentamientos entre federales, unitarios y la llamada generación del 37. Prueba de ello, asimismo, el interés literario despertado en Francia por aquellos lejanos acontecimientos, cuya mejor prueba es la novela de Alejandro Dumas, *La nouvelle Troie*, cuyo trasfondo histórico es el sitio que Rosas impuso a Montevideo por nueve años.

La elección de *Soledad* de Bartolomé Mitre es también reveladora. Como se sabe aquella generación se había designado como misión continuar la lucha de los padres, construyendo la independencia cultural como corolario de la política. Tanto Echeverría como Alberdi, Gutiérrez, y más tarde Mitre, insistieron en la necesidad de pintar nuestra realidad geográfica, nuestras costumbres, nuestras ideas. Gutiérrez y Echeverría se expresaron firmemente en ese aspecto de las lecturas del Salón Literario, creado por Marcos Sastre en 1837.

Paul Verdevoye muestra en su prólogo cómo, en *Soledad*, a la influencia del romanticismo francés se agrega una dimensión americana: un telón de fondo histórico

que es el de la independencia: un marco geográfico, Bolivia y la majestuosidad de la cordillera de los Andes: las costumbres de una sociedad recoleta regida por maitines, nonas y vísperas, y por un código de honor que, sin diferir totalmente de los imperantes en Europa, tenía sus propias declinaciones. El profesor Verdevoye cree ver en esta obra la influencia de *Indiana* de George Sand. Punto que analiza con acuidad y pertinencia.

¿Qué decir de la traducción? ¿Qué puede decir una argentina admiradora de la traducción de Paul Verdevoye? Los niveles de lengua, el perfecto conocimiento del habla argentina, de sus vulgarismos, de sus modalidades, dan a estas traducciones un sabor particular. ¡Qué cosa podía esperarse de quien es el autor de una de las mejores traducciones de Martín Fierro, sino la mejor del mundo occidental!

Los argentinos de aquí y de allá tenemos una deuda con Paul Verdevoye cuya vida se ha dedicado al conocimiento de nuestra realidad, de nuestra cultura. Sin él, los estudios argentinos en Francia no hubieran existido o estarían recién en pañales. Fue y sigue siendo la tarea de toda una vida. Solo nos cabe admirarla y agradecer tanta dedicación, tanto conocimiento y tanta pasión.

NILDA DÍAZ

Universidad de la Sorbona (Paris III)